

que expresa en un rechazo total. Pero Carlota está loca y la misma historia es contradictoria también. Todos somos contradictorios y he procurado conseguir una especie de equilibrio y no caer demasiado en eso tampoco.

J.J.B. —Las novelas históricas más importantes que se han escrito últimamente se basan en otras novelas o relatos, como biografías y memorias; y quisiera saber si en alguna parte de tu novela quisiste reescribir pasajes de *El cerro de las campanas*, de Juan A. Mateos, *Calvario y tabor*, de Riva Palacio, *Maximiliano*, de Irene Paz, o alguna otra obra que se haya escrito sobre el Segundo Imperio.

F.D.P. —Bueno, no, porque me he encontrado con algo sumamente sorprendente y es que a pesar de que el tema es soberbio, no ha sido explotado adecuadamente. Es muy pobre la literatura que se ha escrito sobre Maximiliano y Carlota. Las dos únicas obras que me han parecido estar a la altura del melodrama histórico han sido la obra de teatro de Franz Werfel [*Juárez y Maximiliano*, 1924] y la de Rodolfo Usigli [*Corona de sombra*, 1943], pero de todos modos son bastante limitadas, porque la tragedia y las intrigas alrededor son tan complejas que es muy difícil tratarlas en su totalidad en una obra de teatro. Werfel toca algunos aspectos de la historia y Rodolfo Usigli es mucho más amplio, pero también se ve limitado por la representación de la obra, que debe tener una determinada duración. Yo cito a Werfel y a Usigli casi al final de la novela. Me parece que la obra de Usigli es de lo mejor que se ha escrito, definitivamente lo más digno, lo más honesto, lo mejor documentado, pero en todo lo demás he encontrado una gran pobreza, una gran cursilería y una enorme parcialidad tanto de los mexi-

canos como de los europeos. En Europa se han escrito dos o tres novelas malísimas; esas obras que has mencionado no las conozco todas, pero respecto a *El cerro de las campanas*, te puedo decir que me parece una novela malísima, una novela muy cursi. Ahora, como es una novela de la época, uno encuentra una documentación muy precisa sobre la sociedad mexicana, las costumbres, los vestidos, los alimentos. Desde ese punto de vista me fue bastante útil. He leído varios libros escritos por viajeros extranjeros, comenzando por el libro genial de la Marquesa Calderón de la Barca, que tuve el gusto de releer en inglés, o sea en su original, y los libros de Stephen Bullock y de Michel Chevalier, que fue precisamente encomendado por Napoleón III, y otros; naturalmente, hice un acopio de datos enorme.

J.J.B. —Esos datos que revelan lo que podríamos llamar la influencia de Ripley en tus escritos. Tal vez esto no te guste mucho, pero yo diría que hay esa influencia también en Carpentier, a quien le gustaban mucho los datos curiosos.

F.D.P. —No, yo no me ofendo, porque algo que me gustó mucho de niño fue Ripley. Me gustó mucho y despertó mi curiosidad, mi pasión por toda esa serie de hechos curiosos; me gustaba y me sigue gustando por su originalidad, por su absurdo, por lo excepcional. Lo que pasa es que, como siempre, uno tiene que tratar de conseguir un equilibrio. Yo me he enfrentado en la novela a un problema muy serio: la historia de Maximiliano y Carlota está llena de detalles grotescos, absurdos y surrealistas. De todos modos, los temas históricos son universales, nadie es dueño de ellos, y ésta será una novela más sobre Maximiliano y Carlota; otros podrán escribir otras novelas sobre Maximiliano y Carlota. ♦

La vida (a)leve

EL HUEVO PASADO POR AGUA

En el imaginario "taller de Mairena" (ver *Vuelta* 105), nos sale ahora un alumno en quien lo atrevido no excluye a lo respetuoso. Es cierto que interpreta nuestro tema en forma no prevista por el Maestro, y que no menciona los utensilios usados en una operación que no me atrevo a llamar "culinaria". Pero ¿quién negaría que expresa —fiel a la primera condición exigida de un poema por Mairena— el "sentimiento del tiempo"? —ese tiempo que se "encoge" recordándonos aquí, después de todo, aquello de "Ars longa, vita brevis"? U.G.L.

HUEVOS PASADOS POR AGUA

Un famoso Charles Atlas
(aquel que fue un alfeñique
de cuarenta kilos y que
llegó a Hércules un día)
recomendaba poner
los huevos en agua helada,
pero no pasaba nada
más que el tiempo se encogía.
¡Oh tiempo, Fénix fallido!
Aquellos gélidos huevos
no quedaban como nuevos,
aunque un sabio lo decía.

Gabriel Zaid